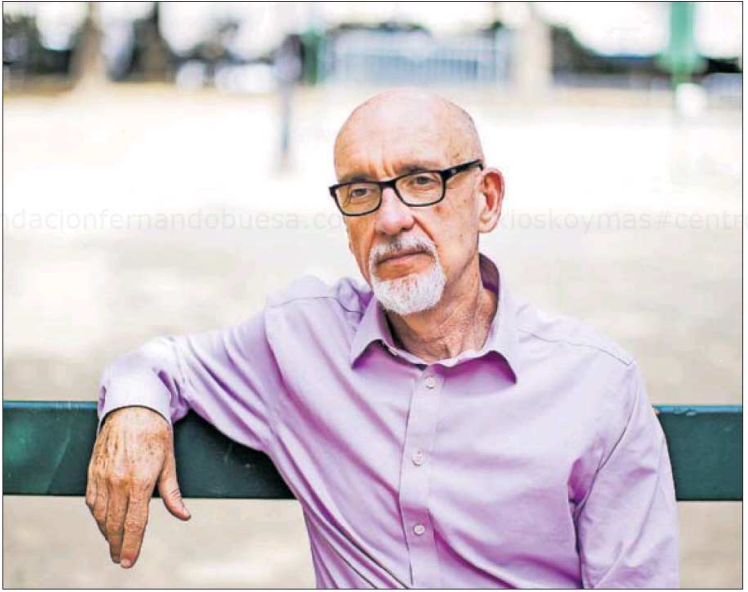




Georges Salines, padre de una víctima del Bataclan, en París el 23 de junio. / CÉLINE VILLEGAS

El padre de una de las víctimas de los atentados islamistas de 2015 en París extrae las lecciones de 10 meses de juicio

“He logrado seguir viviendo tras la muerte de mi hija”

MARC BASSETS, París

Cuando Georges Salines (Sète, 65 años) piensa en su hija Lola —una de las 90 personas que el 13 de noviembre de 2015 murieron asesinadas en el atentado islamista de la sala de conciertos Bataclan, en París— le vienen a la cabeza los buenos momentos, su alegría.

“Me consolé, si puede decirse así, con reflexiones sobre la brevedad de la vida humana. A fin de cuentas, vivir 100 años o 28 [la edad de Lola al morir] es más o menos lo mismo comparado con la eternidad”, dice en una terraza frente al viejo Palacio de Justicia de la isla de la Cité, en París, este médico jubilado y aficionado a correr maratones. “Lamento infinitamente que no esté aquí y que no viva lo que hubiera podido vivir, pero me he reconciliado con la vida sin ella. Conozco a padres que ya no viven, que no pueden ir al cine ni de vacaciones. Yo sí: he logrado seguir viviendo”.

Salines, presidente de honor de la asociación 13onze15: fraternité et vérité, y decenas de otros padres y familiares de los 131 muertos en los atentados de Bataclan, las terrazas del este de París y el estadio de Saint-Denis, quizá podrán franquear mañana otra etapa en el duelo. Es el día que el juez Jean-Louis Périès anunciará la sentencia tras casi 10 meses de juicio, que ayer quedó visto para sentencia. La Fiscalía pidió la pena máxima —la cadena perpetua irreducible— para el principal acusado, Salah Abdeslam, el único miembro de los comandos que sobrevivió.

Salines, que ha asistido a casi todas las sesiones desde septiem-

bre, y ya anticipa que echará de menos a las personas que ha conocido y con los que ha convivido aquí estos meses, explica: “Se me identifica como alguien que manifiesta humanidad y comprensión, que no está en cólera ni siente odio hacia los acusados. Pero esta actitud, en algunos comentarios, se pone en el mismo plano de quienes sienten odio y cólera. Me molesta. Porque tengo la certeza de que, cuantitativamente, no es cierto. Entre las partes civiles o en todo caso las que han venido a testimoniar, las declaraciones de respeto al Estado de derecho y la ausencia de odio son mucho más numerosas”.

Mañana se espera la sentencia contra el principal acusado de los hechos

bre, y ya anticipa que echará de menos a las personas que ha conocido y con los que ha convivido aquí estos meses, explica: “Se me identifica como alguien que manifiesta humanidad y comprensión, que no está en cólera ni siente odio hacia los acusados. Pero esta actitud, en algunos comentarios, se pone en el mismo plano de quienes sienten odio y cólera. Me molesta. Porque tengo la certeza de que, cuantitativamente, no es cierto. Entre las partes civiles o en todo caso las que han venido a testimoniar, las declaraciones de respeto al Estado de derecho y la ausencia de odio son mucho más numerosas”.

La voz que más se ha escuchado en el lado del “odio y la cólera” ha sido la de Patrick Jardin, padre de Nathalie, quien murió en Bataclan. Tenía 31 años. “Dicen que odio”, dijo Jardin ante el tri-

bunal. “Sí, siento odio. ¿Pero qué es lo contrario del odio? El amor. Y, ¿cómo amar a quienes han matado a tu hija?”.

Las visiones distintas, entre las víctimas, se han expresado hasta el último momento. Olivier Fisher, que sobrevivió con una herida en el brazo al ataque en la terraza del café Le Carillon, lamentaba ayer: “Hay una sobrerrepresentación de personas más bien de izquierdas y propicias a distinguir entre la violencia de los atentados y la ideología que sostiene estos atentados, el islam político o islam radical”. Fisher trabaja como asistente de una diputada de Reagrupamiento Nacional, el partido de extrema derecha de Marine Le Pen. A unos metros suyos, mientras conversaba con el periodista, Salines hacía declaraciones a una cadena de televisión.

El padre de Lola recordaba días antes, en la entrevista con EL PAÍS, las palabras de Orly Rezlan, una de las abogadas de la defensa. “La abogada planteó la pregunta: ‘¿Por qué admiramos la humanidad y no el odio?’ Y respondió: ‘El odio es fácil, uno se deja arrastrar por él. La humanidad requiere un esfuerzo, quizá pensar contra sí mismo’, dijo Salines. “Me parecía luminoso”. Pero al rato se corrige: “Honestamente, no sé si en mi caso y en el de otros esto es verdad”. Afirma que, si no odia a los terroristas, “no es por una postura intelectual, sino algo espontáneo”. No es sorprendente que, cuando Salines compareció como testigo, hiciese un alegato en favor de la justicia restaurativa, más allá del castigo a los culpables.